

Los santuarios ibéricos del valle del Quípar (Murcia): carácter, localización y paralelos en el marco del Sureste peninsular

Leticia López*

Resumen

El objetivo del presente trabajo es analizar los principales rasgos que caracterizan a los santuarios ibéricos del Sureste peninsular y, más concretamente, aquellos documentados en el Noroeste murciano, prestando especial atención a los criterios que definen su localización en el territorio y a los posibles paralelos que ofrecen con los localizados en otros ámbitos ibéricos peninsulares.

Résumé

L'objectif de cette étude est d'analyser les traits caractéristiques des sanctuaires ibériques du Sud-est de la péninsule Ibérique et, plus particulièrement, ces lieux du culte du Nord-Ouest de Murcie, avec une attention particulière aux critères qui définissent sa situation dans le territoire et les possibles parallèles qui offrent avec ceux trouvés dans d'autres domaines ibériques de la péninsule.

INTRODUCCIÓN

Los estudios que han abordado el análisis de los paisajes ibéricos y de los modelos de ocupación del territorio no sólo han puesto de manifiesto el destacado papel que, en este sentido, jugaron aquellos núcleos de primer orden, sino también toda otra serie de yacimientos y elementos que, en definitiva, forman parte y configuran asimismo dicho paisaje. Es precisamente en este marco en el que se presenta como fundamental el estudio, junto al de los lugares de hábitat y los propios ambientes funerarios, de los santuarios ibéricos.

El objetivo del presente trabajo es abordar un análisis de algunos de estos yacimientos docu-

mentados en el ámbito del Sureste y, más concretamente en aquellos localizados en el valle del Quípar, en el actual Noroeste murciano centrándonos, especialmente, en aquellos rasgos que definen su posición en el territorio y en los paralelos que podemos encontrar con los documentados en otras áreas ibéricas próximas. Junto a la valiosa información que dichos aspectos pueden ofrecernos sobre el mundo ibérico de esta zona del Sureste peninsular, debemos destacar el interés de llevar a cabo una primera aproximación a estos santuarios y espacios sacros del Noroeste regional, hasta ahora, y a diferencia de aquellos localizados en los valles del Segura y el río Mula, como los de La Luz y El Cigarralejo, apenas estudiados (Fig. 1).

* Área de Arqueología. Departamento de Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua. Facultad de Letras. Universidad de Murcia. C/ Santo Cristo, 1, Campus de La Merced. 30001 Murcia. <leticia.lopez.mondejar@hotmail.com>

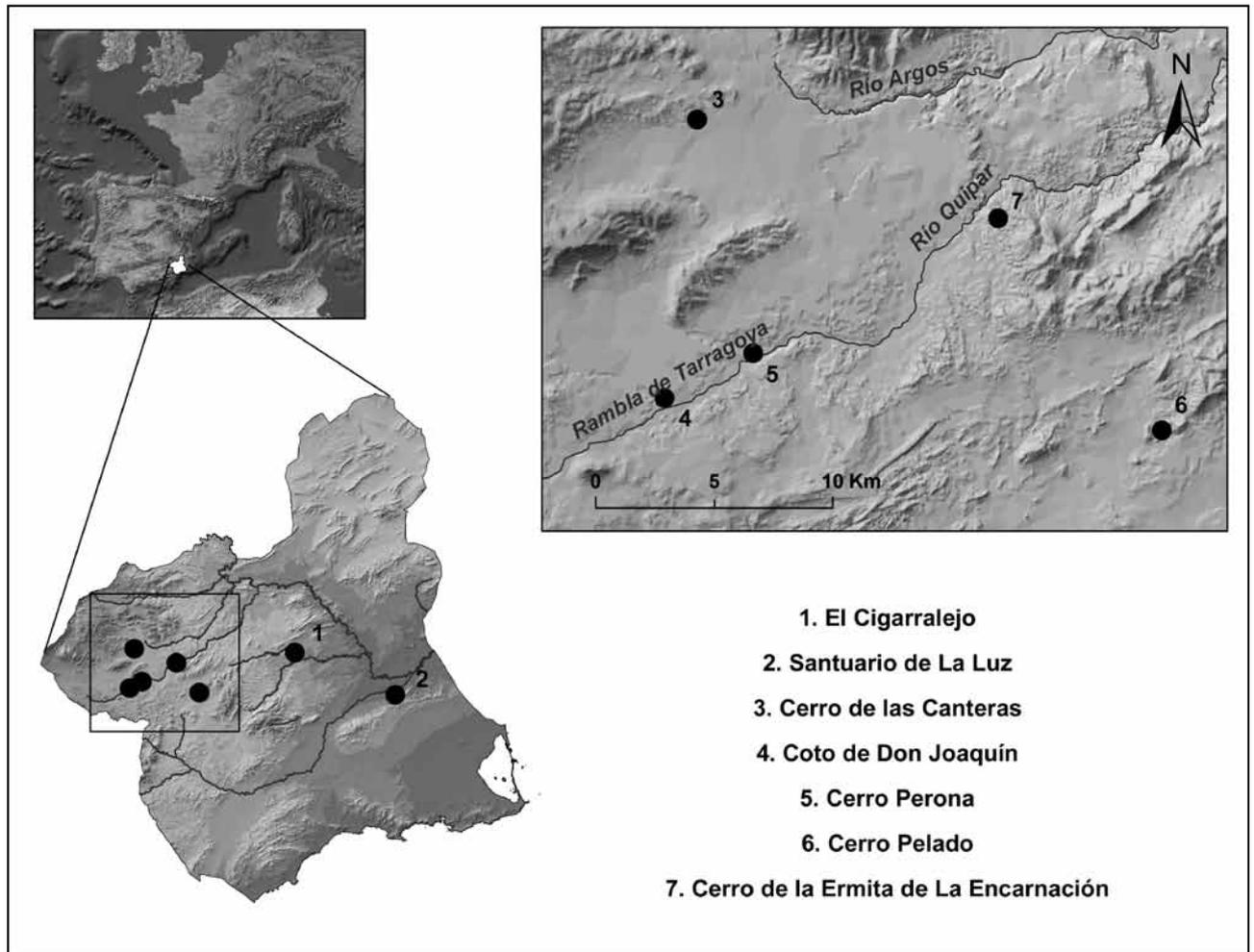


Figura 1. Localización del área de estudio y de los principales santuarios ibéricos documentados en este sector del Sureste peninsular.

SANTUARIOS Y ESPACIOS SACROS EN EL NOROESTE MURCIANO

En general, y antes de analizar de forma concreta los rasgos que definen a los distintos santuarios localizados en el valle del Quípar, atendamos brevemente, a modo de presentación, a cada uno de dichos santuarios y espacios sacros y al grado de conocimiento que, hoy por hoy, tenemos de los mismos.

Actualmente son cuatro los yacimientos localizados que podrían englobarse dentro de esos espacios sacros y santuarios, a los que cabría sumar un quinto situado en las vecinas tierras lorquinas. Todos ellos presentan un claro carácter extraurbano, aparecen emplazados en posiciones topográficas destacadas y, en su mayoría, en aparente conexión con un núcleo de hábitat próximo.

El santuario localizado en el Cerro de la ermita de La Encarnación constituye, sin lugar a dudas, el mejor conocido de todo el área y el que, en definitiva, se configurará como aquel principal, tanto si atendemos a la cantidad y calidad de los materiales documentados en el mismo (Ramallo, 1991, 1993; Ramallo, Brotóns, 1999; 1997, 257-268; Ramallo, Noguera, Brotóns, 1998, 11-69; Brotóns, Ramallo, 1994, 74-75; 1999; Melgares, 1974; Lillo, 1981; Ruano, San Nicolás, 1993, 101-107), como a su vinculación al *oppidum* de Los Villaricos, centro articulador del poblamiento ibérico en toda esta zona del interior regional (Fig. 2). Situado en la margen derecha del río Quípar, el santuario se sitúa en una posición clave, iniciando su andadura, posiblemente, con el inicio de la ocupación del citado yacimiento, ya en el siglo IV aC, si bien la fase ibérica del mismo es aun escasamente conocida, centrándose los estudios en la transformación que expe-

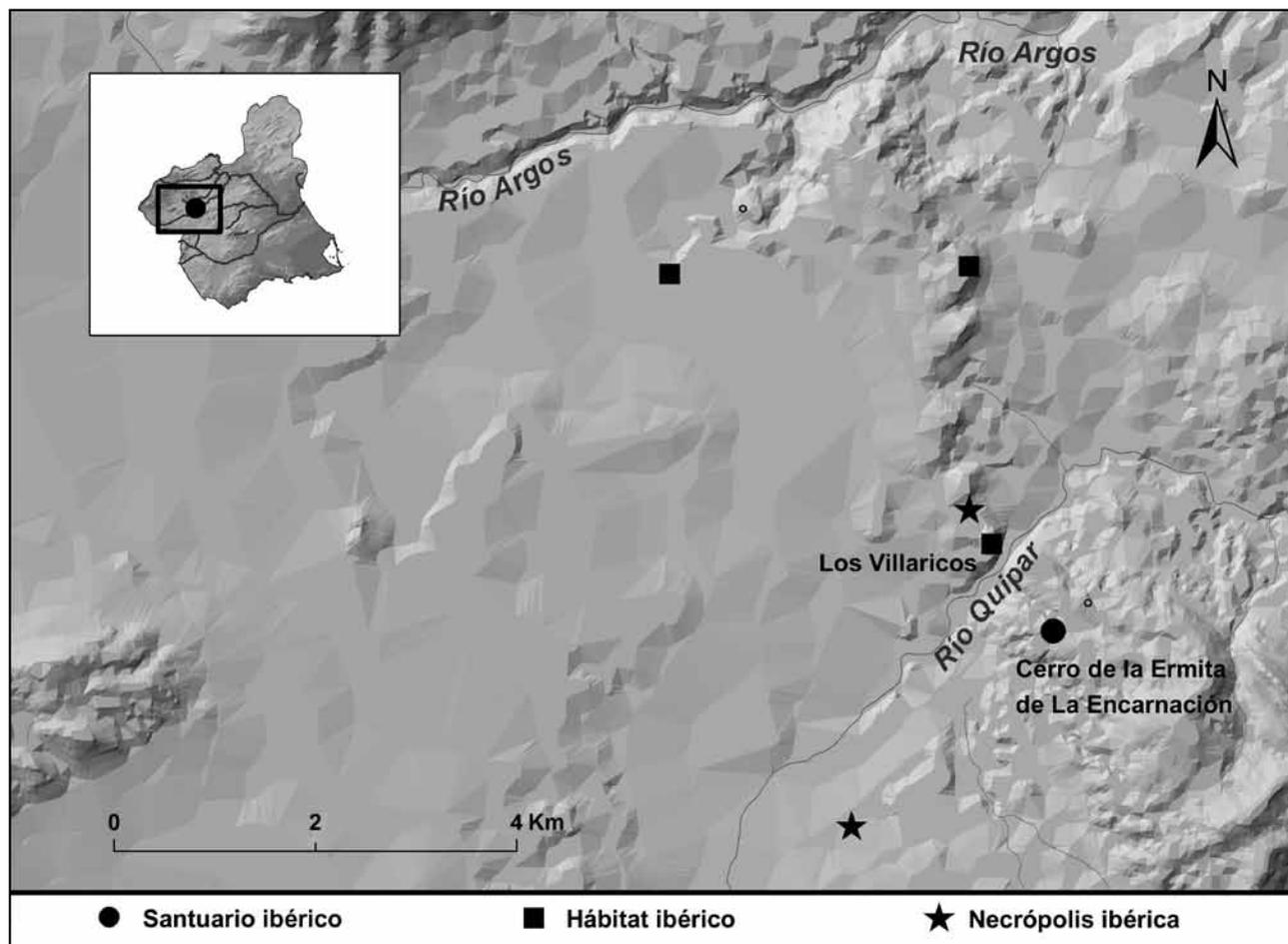


Figura 2. Localización del Cerro de la Ermita de La Encarnación, del *oppidum* de Los Villaricos y poblamiento ibérico documentado en este tramo del curso del Quípar.

rimentará dicho centro con la llegada de Roma al Sureste peninsular (Ramallo, 1991; 1993; Ramallo, Brotóns, 1997, 257-268; 1999; Ramallo, Noguera, Brotóns, 1998, 11-69; Brotóns, Ramallo, 1994, 74-75; 1999; Oliver, 1997, 508-509).

Junto al importante santuario de La Encarnación, encontramos toda una serie de espacios sacros que, si bien no llegaron a alcanzar nunca, probablemente, la importancia que adquirirá el primero, como demuestra su desarrollo en época ibero-romana, sí debieron funcionar durante el periodo ibérico, y en un contexto esencialmente rural, como áreas de culto. De todos ellos, sólo algunos han sido abordados por los trabajos que, de forma más concreta, han intentado analizar el mundo ibérico comarcal (Melgares, 1974; 1990, 163-171; Almagro, Moneo, 2000, 34; Lillo, 1986-1987, 36). Entre este tipo de establecimientos cabría señalar los localizados en el Cerro Perona, el Coto de Don Joaquín, el Cerro Pelado y el situado en el Campo Arriba de Archivel.

El primero de ellos, localizado de forma casual durante las prospecciones desarrolladas para la elaboración de la carta arqueológica de la zona, se extiende por la cima y la ladera alta de un pequeño cerro, situado a poco más de 890 metros de altitud en la margen izquierda de la rambla de Tarragoya. Si bien no ha podido, hasta el momento, ser asociado a ningún hábitat, ya que no se ha localizado ningún establecimiento ibérico en sus proximidades, no podemos descartar dicha posibilidad, especialmente si tenemos presente que esta suele ser la tónica general que define a este tipo de yacimientos en el área de estudio. Entre los materiales documentados, se han localizado, de forma exclusiva, restos cerámicos, que corresponden a pequeñas pateritas de borde entrante dispersas en la cima y la ladera alta del cerro del mismo nombre (López-Mondéjar, 2008).

Un carácter y posición similar ofrece el área de culto localizada en el Cerro Pelado. Si bien esta no se sitúa en el valle del Quípar, como las

anteriores, aparece localizada en el sector de las altiplanicies lorquinas, a escasa distancia del curso de dicho río y en un área que debió quedar, a lo largo de todo el periodo ibérico, vinculada al mismo, constituyendo, además, la principal zona de enlace entre el valle del Guadalentín y el Noroeste murciano. Al igual que el anterior, el yacimiento se extiende por la ladera noreste del cerro homónimo, siendo también las escudillas el único material documentado en este espacio sacro (López-Mondéjar, 2008; Martínez, 1991-1992).

Por lo que respecta al establecido en el Coto de Don Joaquín, aparecerá también asociado al establecimiento ibérico e íbero-romano localizado en sus proximidades, en la Loma de la Casa Nueva. Situado, al igual que los anteriores en la ladera de un pequeño cerro y en las proximidades de la rambla de Tarragoya, y junto al barranco de La Junquera (Fig. 3), los materiales documentados son también, exclusivamente, fragmentos de pequeñas escudillas de cerámica ibérica (López-Mondéjar, 2008).

Junto a todos ellos, y quizás más conocido a través de la historiografía, destaca el santuario localizado en las proximidades de Archivel, en el paraje conocido como Campo Arriba (Melgares, 1990). Emplazado también en un cerro, ha aportado material fundamentalmente cerámico, del mismo tipo que los anteriores, si bien, quizás los exvotos procedentes, según J. A. Melgares, del vecino yacimiento de Las Casicas, podrían ponerse en conexión con este santuario. Aparece además, situado en un área de especial interés durante época ibérica, en la que se localizan diversos centros ibéricos, entre los que, el asociado a la necrópolis de El Villar, aun sin localizar, debió ser uno de los núcleos más destacados de la zona, tal y como queda reflejado en las tumbas y ajuares documentados (Brotóns, 2008).

Si atendemos de forma conjunta a todos estos santuarios y espacios sacros, quizás uno de los aspectos que primero cabría destacar al observar su localización, y siguiendo las tradicionales tipo-

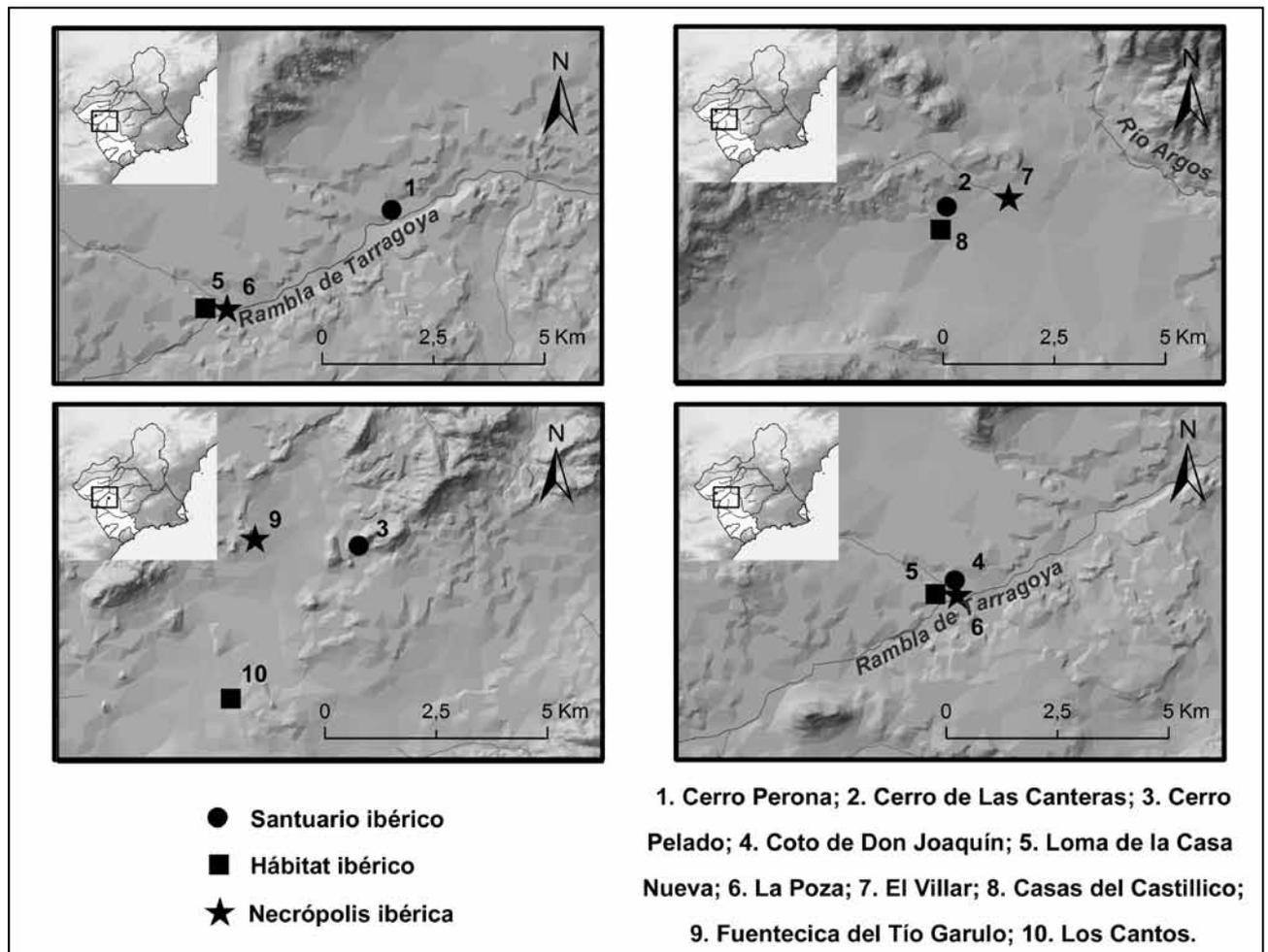


Figura 3. Localización de los santuarios situados en Cerro Perona, Cerro de Las Canteras, Cerro Pelado y Coto de Don Joaquín y yacimientos ibéricos de su entorno.

logías de este tipo de yacimientos, es el carácter extraurbano de todos ellos, muchos de los cuales, si bien aparecerán asociados a un hábitat, se ubicarán en sus proximidades pero nunca en el interior del mismo (Domínguez, 1997; 1999; Moneo, 2003).

Junto a dicho carácter, quizás sea el amplio desconocimiento que actualmente tenemos de muchos de ellos el rasgo que mejor definiría a todos estos yacimientos murcianos. Tan sólo el santuario localizado en el Cerro de la ermita de La Encarnación ha sido objeto de excavaciones sistemáticas, y únicamente los hallazgos documentados en este y en Archivel aparecen mencionados, como apuntábamos, por la historiografía, hecho que debemos poner en conexión con que sólo en ellos hayan aparecido exvotos, limitándose los materiales hallados en los demás a fragmentos cerámicos. Además, todos estos yacimientos, al margen del citado santuario de La Encarnación, son conocidos por las prospecciones realizadas en la zona, estando aun muchos de ellos mal caracterizados y siendo imposible documentar nuevos datos, debido a su estado de conservación, en las últimas visitas realizadas a dichos yacimientos, como ocurre con el Cerro Perona y el Cerro Pelado.

Este escaso conocimiento y la ausencia de trabajos de campo en muchos de ellos, supone también un problema a la hora de precisar la cronología de los mismos y, especialmente, su momento inicial. Aun así, afortunadamente, los últimos estudios realizados en esta línea en yacimientos de similar carácter de las vecinas tierras granadinas, están aportando interesantes datos que pueden ofrecer una nueva imagen de estos santuarios regionales, así como nueva información sobre su cronología y su carácter (Sánchez-Moreno, 2005; Adroher, 2008). En este sentido, los posibles paralelos con dichos yacimientos granadinos, así como con los documentados en otras áreas ibéricas, supondrán también cuestiones fundamentales para aproximarnos a los localizados en el ámbito del Noroeste murciano, constituyendo uno de los aspectos a tener presentes a la hora de abordar el análisis concreto de los santuarios y espacios sacros del valle del Quípar.

UNA APROXIMACIÓN A LOS SANTUARIOS DEL VALLE DEL QUÍPAR: RASGOS Y PARALELOS EN EL MUNDO IBÉRICO DEL SURESTE

El análisis de los santuarios y espacios sacros definidos en el Noroeste regional murciano ofrece una serie de rasgos básicos que parecen definir, en conjunto, no sólo a estos yacimientos, sino también a aquellos que, con el mismo carácter, se

han definido en otras áreas ibéricas del Sur y Levante peninsulares.

Desde este punto de vista, y puesto que la aparición de este tipo de santuarios y espacios sacros no es un hecho exclusivo del área murciana, resulta fundamental atender a aquellos rasgos generales que los definen en el mundo ibérico y, más concretamente, en aquellos territorios más próximos al Sureste. Será así, a través de ellos, como podremos aproximarnos a los que caracterizarían a este tipo de yacimientos en el valle del Quípar.

En general, y al margen de las múltiples cuestiones que podrían abarcar un análisis de los lugares de culto comarcales, son fundamentalmente cuatro los aspectos que nos interesan a la hora de abordar el estudio de los santuarios ibéricos del Noroeste murciano. En primer lugar, los rasgos que definen, desde el punto de vista material, este tipo de yacimientos, pero también su localización en el marco del paisaje comarcal, su posible relación con los espacios de hábitat y, finalmente, su papel en los primeros momentos de la presencia romana en estos territorios.

Si atendemos a las características señaladas para otros ámbitos ibéricos, quizás sea precisamente el granadino el que ofrece los más claros paralelos con el área de estudio. En este, se ha documentado la presencia de una serie de yacimientos, definidos como santuarios al aire libre (Adroher, 1999, 375-384; Adroher, López-Marcos, 2002, 23-26; 2004, 111-112, 212-217; Adroher, López-Marcos, Salvador, Caballero *et alii*, 2000, 176; Adroher, López-Marcos, Bravo, Caballero *et alii*, 2001, 64-65; Sánchez-Moreno, 2005, 65-80; Moneo, 2003, 100-102), cuyos rasgos pueden también hacerse extensivos a los localizados en el Noroeste murciano. Todos ellos ofrecen una aparente ausencia de estructuras construidas en piedra, que ha llevado incluso a plantear, bien una total ausencia de las mismas, o bien la posible presencia de estructuras realizadas en un material perecedero (Adroher, López-Marcos, Godoy, Morales *et alii*, 1999, 53; Adroher, López-Marcos, 2004, 111-112; Moneo, 2003, 137; Ramallo, Noguera, Brotóns, 1998). Los materiales recuperados en superficie se limitan, en la mayoría de estos santuarios, a pequeños cuenquecitos de borde entrante ("cuenco-lucerna"), realizados en cerámica común ibérica, así como a cuencos de borde recto divergente, al parecer, una variante más tardía de los anteriores, a los que cabría añadir platos-tapadera y ollas (Moneo, 2003, 101; Adroher, López-Marcos, 2004, 111-112). Partiendo de la dispersión que ofrecen dichos materiales, la superficie de estos yacimientos apenas llegaría a alcanzar, como se ha indicado para

aquellos granadinos, los 2000 metros cuadrados (Adroher, 1999, 276-280; Adroher, López-Marcos, 2002, 25-26; 2004, 111-112; Adroher, López-Marcos, Godoy, Morales *et alii.*, 1999, 53; Adroher, López-Marcos, Bravo, Caballero *et alii.*, 2001, 64-65), extensión que tampoco parecen superar los santuarios documentados en el Noroeste regional.

La citada ausencia de estructuras, así como el hecho de que el material recuperado se reduzca a los tipos señalados, son también rasgos que definen los santuarios del Noroeste murciano, como los localizados en el Coto de Don Joaquín y Cerro Perona, así como también, si bien un poco más alejado del valle del Quípar, el santuario documentado en el sector lorquino de Coy, en el Cerro Pelado (Martínez, 1991-1992, 213-216; López-Mondéjar, 2008). Características similares debió ofrecer, asimismo, el santuario ibérico de La Encarnación en estos momentos, habiéndose interpretado también como un santuario al aire libre durante la primera fase de su utilización, ya desde el IV aC (Ramallo, Brotóns, 1997, 261; Brotóns, Ramallo, 1999, 226-237; Ramallo, Noguera, Brotóns, 1998; Moneo, 2003, 137).

Junto a esos conjuntos cerámicos debemos señalar, además, en algunos de estos yacimientos, la presencia de reproducciones en miniatura de pequeñas falcatas así como de exvotos realizados en metal, muchos de los cuales aparecen encajados en las fisuras de las rocas, como se ha documentado en el vecino santuario de Almaciles, en Granada (Lillo, 1986-1987, 36; Moneo, 2003, 101-102). Entre aquellos santuarios que ofrecen una mayor variedad de materiales, cabría destacar, en el caso del Noroeste regional, el localizado en el Cerro de la ermita de La Encarnación, así como también el que pudo situarse en el Cerro de Las Canteras, en el paraje de Campo Arriba de Archivel (Moneo, 2003, 101-102, 137; Lillo, 1986-1987, 36; Domínguez, 1999; Ramallo, Brotóns, 1997, 261; Ruano, San Nicolás, 1993, 101-107). En este último se han recuperado fragmentos de pateritas, a los que cabría sumar, si atendemos a los datos de Melgares, siete cuchillos afalcatados de hierro, dos exvotos de bronce identificados como figurillas de guerreros y un pequeño vaso de cerámica gris de tipo arcaizante protegido por un platillo de plomo (Melgares, 1990, 169-170; Lillo, 1986-1987, 36), hallazgos, todos ellos, que ponen de nuevo en conexión este yacimiento con algunos de esos santuarios al aire libre documentados en el área granadina y con el propio santuario de La Encarnación (Lillo, 1986-1987, 35-36; 1989, 87-90; Moneo, 2003, 101-102; Domínguez, 1999; Mendoza, 1986, 327-330).

LOS SANTUARIOS DEL NOROESTE MURCIANO EN EL MARCO DEL PAISAJE IBÉRICO REGIONAL

Dejando a un lado la cultura material recuperada en estos yacimientos, quizás sea precisamente su decisión locacional uno de los aspectos que más interés despiertan a la hora de analizar dichos santuarios y espacios sacros. A diferencia de algunos de los santuarios en cueva o abrigos documentados en otros sectores del Sureste y el Levante peninsular (Gusi, 1997, 172-175; Sanz, 1997, 301; Oliver, 1997, 504-505; Moneo, 2003; Bonet, Mata, 1997, 115-146; Domínguez, 1999), los que se documentan en el valle del Quípar ofrecen un patrón más similar al definido para las vecinas tierras granadinas. En ambas zonas, este tipo de yacimientos presenta una decisión locacional muy distinta, que ha querido ponerse en relación con el propio paisaje de estas áreas, marcado por la ausencia de cuevas naturales que pudiesen dar cabida a este tipo de espacios (Gusi, 1997, 204; González, 2005, 88).

Quizás uno de los rasgos que tradicionalmente se ha señalado en conexión con los santuarios y lugares de culto ibéricos es la proximidad de los mismos a algún nacimiento de agua, tanto de los pequeños santuarios asociados a asentamientos rurales como a los localizados en cuevas o los vinculados a grandes núcleos de población (Moneo, 2003, 175-176, 318-331). Basta recordar, como ejemplos, la presencia de cubetas en muchos de ellos o, simplemente, los manantiales documentados en el interior de algunas de esas cuevas, como se observa en la Cueva del Moro (Ayora, Valencia), la Umbría de Salchite, en Moratalla (Murcia) o el propio santuario de Collado de los Jardines, en Jaén, en cuyo interior fluía también un manantial (Moneo, 2003, 175-176). Desde este punto de vista, la relación entre lugar de culto y recursos hídricos, se convierte en un elemento fundamental a tener presente a la hora de aproximarnos a los santuarios ibéricos del Noroeste regional.

En el caso concreto de los santuarios localizados en la comarca de estudio, ninguno de ellos parece asociarse directamente con la presencia de un manantial en su entorno más próximo, a pesar de la riqueza hídrica que, en este sentido, ofrecen estas tierras murcianas. En este sentido, quizás sean los localizados en el paraje de Campo Arriba y en el sector lorquino de Coy, los que se situarían a una distancia más próxima a alguno de los nacimientos de agua localizados en esta área regional. Por su parte, el establecido en El Cerro de la ermita de La Encarnación presenta, en sus proximidades, abundantes manantiales, pudiendo quizás servir

también como punto de aguada y descanso para rebaños y viajeros. Otros, como los situados en el Cerro Perona y Coto de Don Joaquín, ofrecen distancias superiores con respecto al manantial más próximo, próximas a un kilómetro. Estos santuarios, sin embargo, se ubicarán en las proximidades del curso del Quípar, hecho al que cabría sumar, además, el control visual que todos ellos debieron tener de los manantiales situados en el territorio de su entorno.

De este modo, y a pesar de que no se advierte una clara asociación entre lugares de culto y manantiales, como se ha podido advertir, de forma mucho más clara, en otros ámbitos ibéricos, sí que podríamos señalar una vinculación entre santuario y curso fluvial, tal y como reflejaría la localización de estos yacimientos en las proximidades del Quípar. Por su parte, en el caso del santuario documentado en Campo Arriba, debemos valorar su ubicación en un área caracterizada por la presencia de abundan-

tes fuentes y manantiales, como los denominados 'Ojos de Archivel', que convertirían esta zona en un punto de singulares características paisajísticas (Brotóns, Murcia, 2008).

La ausencia de un nacimiento de agua en sus proximidades no es, sin embargo, un rasgo exclusivo de los santuarios del Noroeste murciano, sino que caracteriza, asimismo, a aquellos localizados en el ámbito granadino. En estos, la presencia de manantiales y fuentes no parece ser tampoco, aparentemente, un factor esencial en su localización, ni estar en conexión con el tipo de ritual que pudo llevarse a cabo en ellos (Adroher, López-Marcos, Bravo, Caballero *et alii*, 2001, 64-65).

Junto a su proximidad a un posible manantial, aspecto que no parece, sin embargo, ser uno de los criterios de los santuarios localizados en este área regional, la búsqueda de emplazamientos con una posición dominante en el paisaje, ha sido también considerada tradicionalmente, como otro de

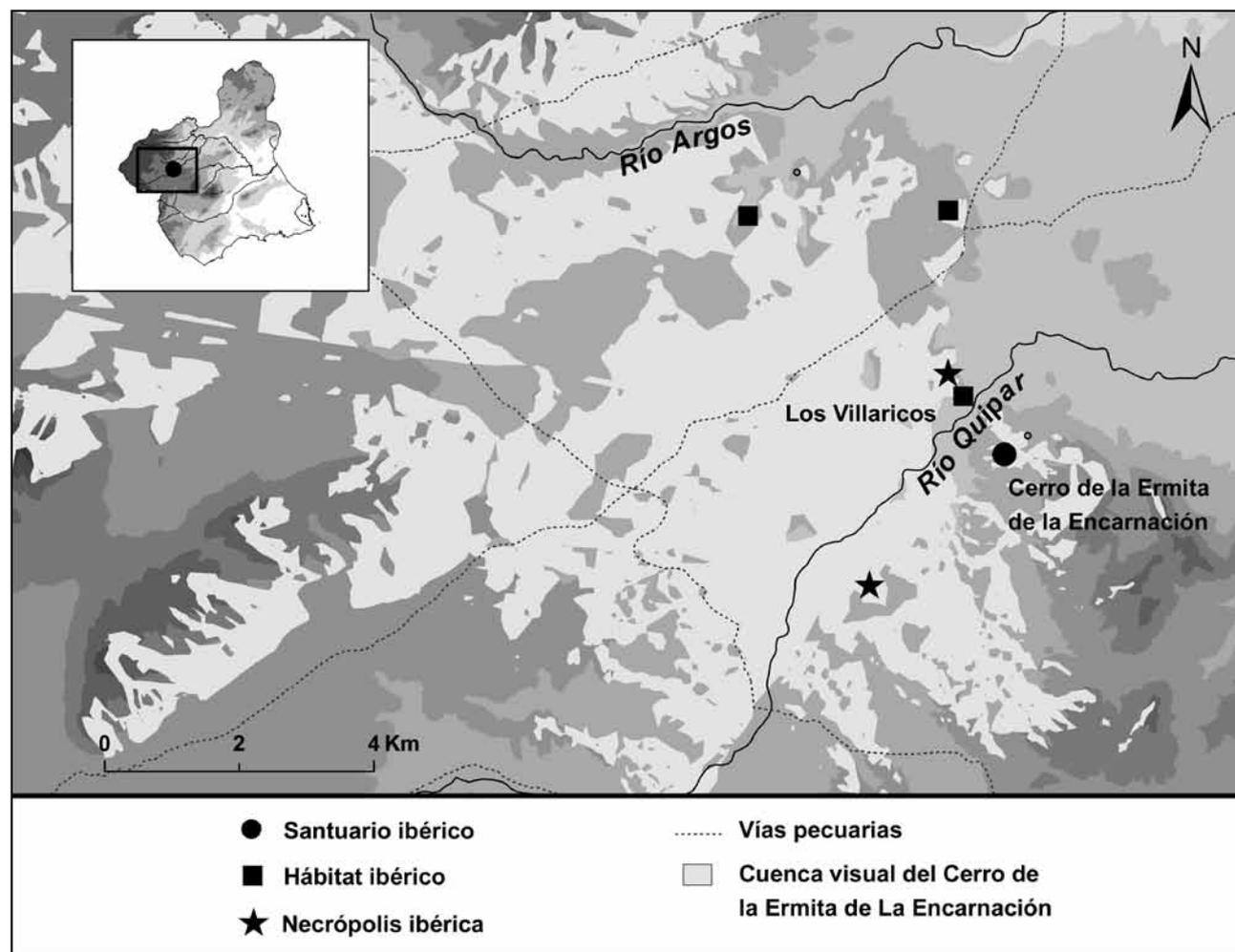


Figura 4. Cuenca visual del Cerro de la ermita de La Encarnación, dispersión del poblamiento ibérico y trazado de las vías pecuarias en este sector del valle del Quípar.

los rasgos que definirían este tipo de yacimientos en el Sureste peninsular. Según Lillo, la mayor parte de ellos suelen aparecer situados en hitos geográficos cuya particularidad topográfica y el espléndido paisaje de su entorno, pudieron incluso hacer de ellos puntos fácilmente reconocibles a través de un relato (Lillo, 1989, 87-90). Así, su ubicación, generalmente en pequeños cerros y lomas situados a una cierta altitud, les proporcionarían una amplia visibilidad del entorno y, en muchos casos, un control de las rutas de tránsito naturales que pudieron discurrir en sus inmediaciones (Adroher, 1999, 375-384; Adroher, López-Marcos, 2002, 23-26; 2004, 111-112, 212-217; Adroher, López-Marcos, Salvador, Caballero *et alii*, 2000, 176; Adroher, López-Marcos, Bravo, Caballero *et alii*, 2001, 64-65).

Se trata este de un rasgo que sí parece definir a los santuarios documentados en el Noroeste murciano. Entre ellos, es el localizado en el Cerro de la ermita de La Encarnación el que mejor reflejaría ese carácter. Su posición dominante en el conjunto del valle del Quípar, permitiría un amplio control del mismo y de gran parte de las tierras que se extienden a lo largo de este eje natural (Ramallo, Brotóns, 1997, 257-268). No olvidemos, en este sentido, que se trata del santuario vinculado al *oppidum* de Los Villaricos, núcleo principal de todo el territorio durante el ibérico pleno (Fig. 4).

Una posición similar es la ocupada por el santuario localizado en el paraje de Campo Arriba, también situado a una cierta altitud sobre el valle y las altiplanicies septentrionales del Noroeste regional, que le proporcionaría una amplia visibilidad del mismo, además de una clara proximidad a los sectores forestales que debieron extenderse al norte y noroeste del yacimiento (Melgares, 1990).

El resto de los santuarios documentados en esta área murciana no ofrecerán posiciones tan claramente destacadas en el marco del paisaje, pero sí que aparecerán situados, siempre, en pequeños cerros que les proporcionarían un amplio control del entorno. Así, yacimientos como el Coto de Don Joaquín, el Cerro Perona y el Cerro Pelado, debieron lograr un buen control visual de todas aquellas tierras y rutas naturales más próximas a ellos, rasgo que vuelven a compartir con los santuarios ibéricos documentados en el ámbito granadino. Baste recordar, en este sentido, el santuario localizado junto al poblado del Cerro del Almendro, en el que, tal y como se ha apuntado, la existencia de un área boscosa no debió ser la base de su localización, como se ha propuesto para otros lugares de culto, sino la visibilidad del entorno y del curso fluvial que discurre junto a él que se lograría desde este punto, y que sería mucho más amplia que la que tendría

el citado poblado (Adroher, López-Marcos, Bravo, Caballero *et alii*, 2001, 64-65).

Esa localización, en puntos que les ofrecerían un cierto control de las tierras circundantes, se presentaría, así, como uno de los rasgos más destacados de los santuarios ibéricos del Noroeste murciano, al que cabría sumar su localización en puntos clave de paso, marcados por la propia orografía, ubicándose así muchos de ellos en el trazado de algunas de las actuales vías pecuarias (Adroher, López-Marcos, Godoy, Morales *et alii*, 1999, 53; Moneo, 2003, 318-320; Alfaro, 2001, 226-227; Molinos, Chapa, Ruiz, Pereira, 1996). Desde este punto de vista, si atendemos a la cuenca visual de todos ellos, se advierte claramente su amplitud y el dominio visual que tendrían de todo el entorno. Quizás el caso del Cerro Perona sea uno de los más significativos, siendo el único yacimiento ibérico documentado hasta el momento, que controlaría el tramo de la rambla de Tarragoya que, desde La Al mudema, discurre, tal y como harán posteriormente algunas rutas ganaderas, en dirección meridional, hasta alcanzar las proximidades del Cerro del Carro (Fig. 5).

Desde una perspectiva amplia, y atendiendo a los paralelos que pueden ofrecer otras áreas mediterráneas, la propia localización de algunos santuarios pudo incluso hacer de ellos lugares de referencia en el territorio, tal y como han apuntado algunos de los estudios desarrollados en los ámbitos griego e itálico (Cardete, 2005, 94; Alcock, 1993, 172). En este último, concretamente, cabría destacar el papel de determinados santuarios del área etrusca y siciliana como elementos centrales y puntos clave en la organización territorial durante el periodo prerromano (Cultraro, 2005; Zifferero, 2002, 145).

Sin embargo, no sólo en el mundo itálico se ha documentado ese papel de los santuarios, también en diversas áreas de la península Ibérica se ha puesto de manifiesto el valor de este tipo de espacios en el marco del paisaje. No olvidemos, en este sentido, la estructura de control ideológico, económico y socio-político que se ha definido en base a la localización de los santuarios documentados en el ámbito oretano, cuya posición estratégica se ha puesto en relación con su papel como elementos de legitimación de proyectos étnico-políticos durante el siglo III aC (Ruiz, Molinos, 1993, 248-249; 1999, 229-237; Molinos, Chapa, Ruiz, Pereira, 1996; Moneo, 2003, 84-87, 340-342).

Volviendo de nuevo al control que este tipo de yacimientos pudo ejercer sobre el entorno y, más concretamente, sobre las rutas naturales de comunicación, cabría señalar, como apuntábamos,

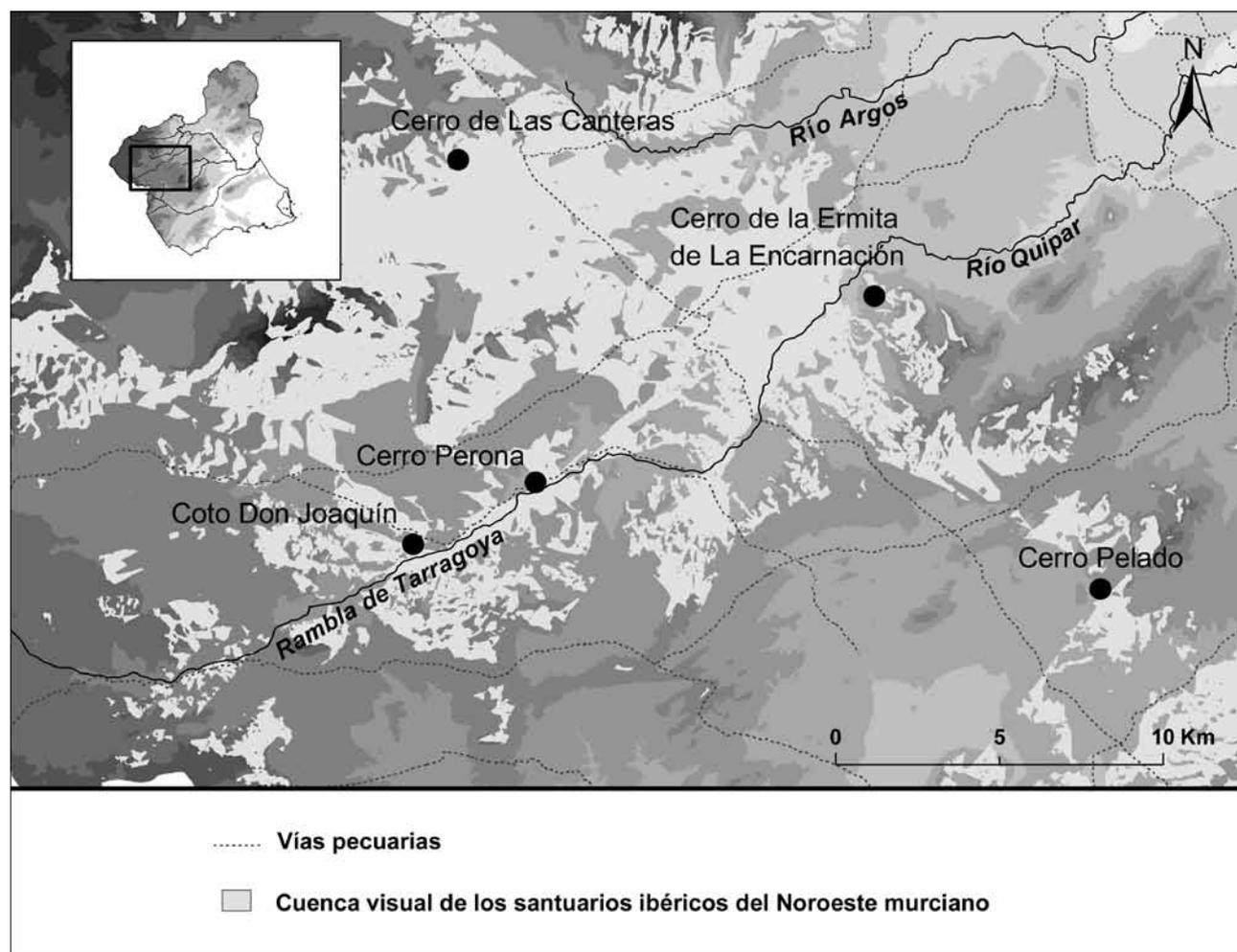


Figura 5. Cuencas visuales de los santuarios ibéricos del área de estudio y trazado de las principales vías pecuarias.

que se ha puesto en conexión, en determinadas ocasiones, la localización de muchos de ellos con el paso de determinadas vías pecuarias, hecho que tal vez apuntaría también a ese interés por controlar determinados puntos o sectores de paso. En el caso concreto del Sureste peninsular, ya P. A. Lillo indicó el carácter religioso o sobrenatural que pudieron adquirir los caminos tradicionales y naturales en época ibérica, hecho que relacionó con la localización de algunos de los santuarios murcianos, especialmente de aquellos más destacados, en las proximidades del trazado de muchos de ellos (Lillo, 1989, 87-90). También los lugares de culto documentados en el valle del Quípar parecen reflejar este mismo carácter, situándose en las proximidades de la que debió constituir la principal vía de enlace entre el mundo andaluz y el levantino, al igual que lo harán los localizados en el área granadina (Adroher, López-Marcos, Godoy, Morales *et alii*, 1999, 51-53). En el Noroeste murciano, quizás sea de nuevo el Cerro de la ermita de La En-

carnación el que mejor refleje ese interés, si bien, también otros santuarios de la zona presentan posiciones destacadas en este sentido, como el Cerro Perona, situado en la margen izquierda de la rambla de Tarragoya y controlando el trazado natural que, siguiendo el curso de esta, enlazaría con las tierras andaluzas. A él cabría añadir, asimismo, los santuarios emplazados en el Coto de Don Joaquín y el Cerro Pelado. El primero de ellos controlaría la ruta natural que, desviándose desde el curso de la rambla de Tarragoya, se dirigiría hacia la Puebla de Don Fabrique; el segundo, la que enlazaría el sector lorquino de Coy con el valle del Guadalentín y, en definitiva, con el importante núcleo ibérico emplazado en el Cerro del Castillo de Lorca. En este sentido, y si atendemos a las vías pecuarias que discurren por estos sectores, ambos santuarios tendrían un amplio control de todas aquellas que ponen en contacto la comarca murciana de Lorca con el Noroeste regional, como la Cañada Real de Archivel y la del Moral.

Finalmente, en cuanto al santuario emplazado en el paraje de Campo Arriba, y si bien a primera vista parecería situarse un poco al margen de las rutas naturales de comunicación de la comarca, se ubica también en un punto clave, ofreciendo una amplia proximidad a algunas de las rutas ganaderas que discurren por este sector del Noroeste murciano así como un claro control de ellas. La importancia de este sector en las comunicaciones comarcales quedará, además, de manifiesto a lo largo del siglo I aC, cuando se establezca, en el vecino Cerro de las Fuentes de Archivel, un *castellum* republicano con el objetivo de controlar el acceso a las tierras andaluzas a través de estos territorios del interior regional (Brotóns, Murcia, 2008).

POBLAMIENTO IBÉRICO Y SANTUARIOS EN EL NOROESTE MURCIANO

Quizás otro de los aspectos que resulta de especial interés a la hora de analizar la localización de estos santuarios es su posible relación con otros posibles yacimientos ibéricos documentados en sus proximidades y, especialmente, con aquellos núcleos de hábitat cercanos.

Si prestamos atención a los lugares de culto localizados en el valle del Quípar y en las tierras de su entorno, casi todos ellos parece situarse próximos, como se apunta también para el mundo granadino, a un núcleo de hábitat, con el que presentarán no sólo una clara conexión visual, sino también una vinculación desde el punto de vista de su propio desarrollo y evolución a lo largo del ibérico pleno y del periodo íbero-romano (Adroher, 1999, 375-384; Adroher, López-Marcos, Salvador, Caballero *et alii*, 2000, 176; Adroher, López-Marcos, Bravo, Caballero *et alii*, 2001, 64-65; Adroher, López-Marcos, 2002, 23-26 y 2004, 111-112, 212-217; Moneo, Almagro, 1998, 96-98). Sólo el santuario ubicado en el Cerro Perona resultaría una excepción en este sentido, localizándose en un área donde, hasta el momento, no se ha documentado ningún establecimiento ibérico. A diferencia de él, el resto de santuarios sí parecen poder asociarse a alguno de los núcleos ibéricos de esta zona. Así, el Coto de Don Joaquín se ubica en las proximidades del centro ibérico localizado en la Loma de la Casa Nueva y de la necrópolis de La Poza, asociada a este, mientras que el Cerro Pelado de Coy, estaría posiblemente en conexión con alguno de los núcleos que se documentan en este área lorquina, tal vez el propio núcleo de los Cantos de Doña Inés (Martínez,

1991-1992), y con la necrópolis de la Fuentecica del Tío Garrulo. Por su parte, el santuario situado en el paraje de Campo Arriba de Archivel podría ponerse en conexión, muy probablemente, con el poblado, aun por localizar, al que correspondería la citada necrópolis ibérica del Villar (Fig. 6). Finalmente, junto a todos ellos, el santuario emplazado en el Cerro de la ermita de La Encarnación, asociado al importante *oppidum* de Los Villaricos, en la margen opuesta del Quípar y del que apenas dista 1 kilómetro, sería el que mejor reflejaría esa relación entre un lugar de culto al aire libre y un hábitat ibérico (Moneo, 2003, 318-331; San Nicolás, 1982, 30-36). La vinculación entre dicho espacio de culto y el citado poblado se presenta, en este caso, especialmente clara, sobre todo si atendemos a la evolución que ambos, *oppidum* y santuario, presentarán, a partir del siglo II aC, con la presencia romana en el Sureste peninsular.

El *oppidum* de Los Villaricos, ya desde el siglo IV aC, principal núcleo ibérico de todo el territorio, debió desempeñar un papel fundamental en la organización del poblamiento ibérico del valle del Quípar, en un contexto, en el que el santuario asociado a él pudo también jugar un rol destacado, tal y como pondrá de manifiesto la transformación edilicia que experimentará en los momentos finales del mundo ibérico comarcal y su continuidad en época romana (Ramallo, 1991, 63; 1993, 133; Ramallo, Noguera, Brotóns, 1998, 11-69; Moneo, 2003, 157, 341-344).

En conexión con este último aspecto, y atendiendo a esa relación entre santuarios y núcleos de hábitat que parece caracterizar a los lugares de culto del valle del Quípar, otro de los rasgos que cabría señalar en este sentido es la continuidad que parecen mostrar todos aquellos centros asociados a alguno de esos santuarios a lo largo de todo el periodo ibérico y hasta época romana. En este sentido, no sólo el núcleo de Los Villaricos refleja esa perduración, sino también aquellos que se emplazarían en el entorno de Archivel, como refleja la citada necrópolis del Villar (Brotóns, 2008), en los Cantos de Doña Inés y en la Loma de la Casa Nueva. Este último, en cuyas proximidades vemos situarse el santuario del Coto de Don Joaquín, muestra una amplia continuidad a lo largo de todo el ibérico pleno y durante el periodo íbero-romano, trasladándose posteriormente el hábitat, ya en época imperial, a la vecina Villa de La Poza, a escasos metros de la loma donde debió localizarse el núcleo ibérico. La necrópolis de La Poza, por su parte, asociada también a este centro y, por tanto, al santuario, parece perdurar asimismo durante todo el periodo altoimperial.

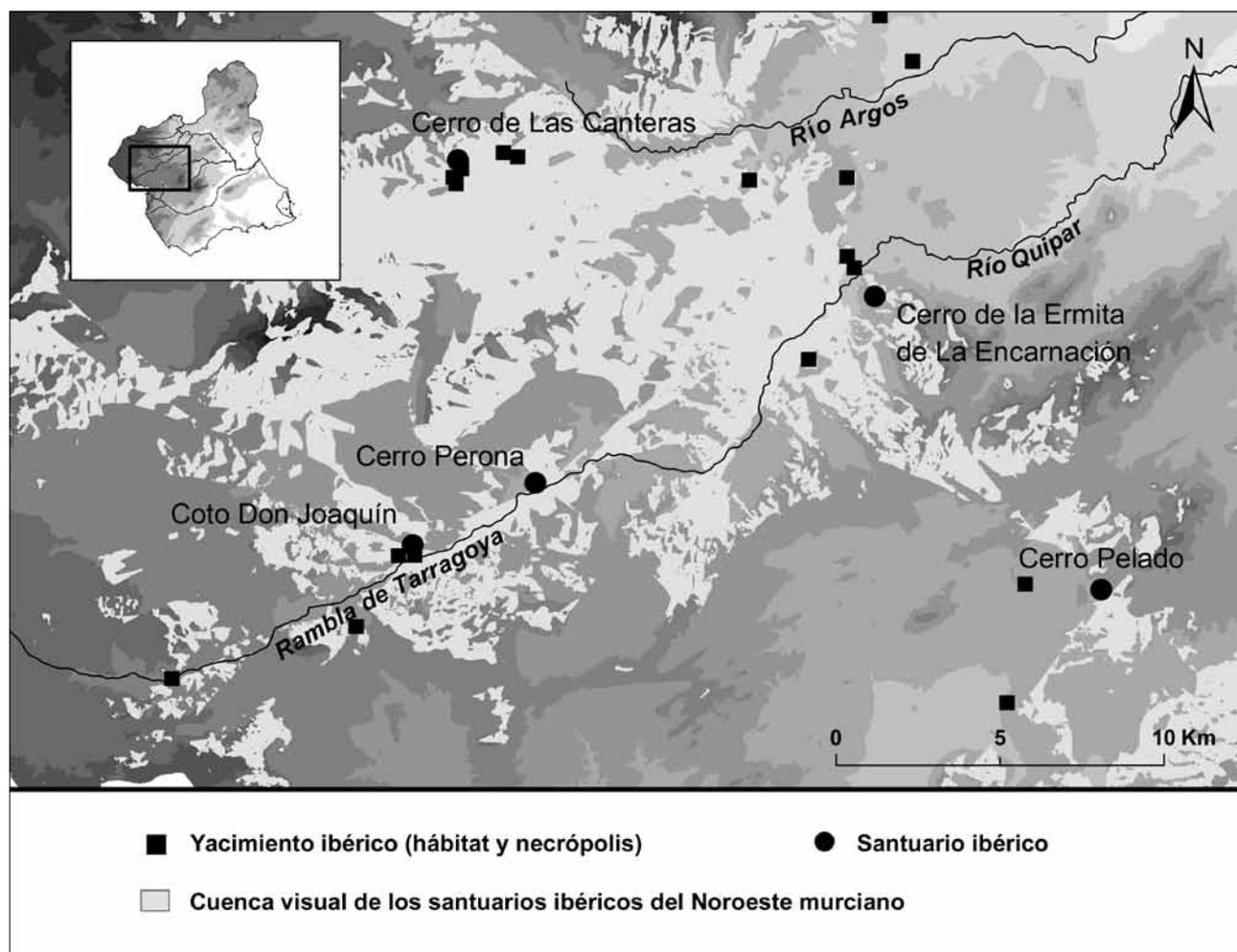


Figura 6. Poblamiento ibérico y áreas visualmente controladas desde los santuarios del valle del Quípar durante el ibérico pleno.

Se advierte de este modo que el aislamiento planteado para algunos lugares de culto ibéricos y del mundo itálico prerromano (Domínguez, 1999; Moneo, 2003, 265-266, 318-331; Cultraro, 2005, 589-592; Zifferero, 2002, 141, 145, 148-149), no sería un rasgo común a los santuarios del valle del Quípar. Por el contrario, y al igual que los documentados en el área granadina (Adroher, López-Marcos, 2004, 111-112), los yacimientos del Noroeste murciano no aparecerán aislados, sino, en su mayor parte, vinculados a un núcleo de hábitat establecido en sus proximidades y en el que, aparentemente, parece observarse una clara ocupación durante todo el periodo de utilización del santuario. Así, volvemos a advertir nuevos puntos en común entre los santuarios del interior murciano y aquellos documentados en el ámbito granadino más septentrional.

SANTUARIOS E INTEGRACIÓN INDÍGENA: ROMA EN EL VALLE DEL QUÍPAR

Precisamente en conexión con esa vinculación santuario-hábitat ibérico, una de las cuestiones de mayor interés a la hora de analizar los lugares de culto del Noroeste regional es el papel que estos pudieron desempeñar durante los momentos iniciales de la presencia romana en el Sureste peninsular. En este sentido, es de nuevo el santuario del Cerro de la ermita de La Encarnación el que se convierte, en estos primeros momentos de la presencia romana, en el mejor reflejo de los procesos socio-políticos y culturales que llevarán a la definitiva integración de estos territorios del Sureste en la órbita de Roma. Su vinculación con el núcleo principal de este territorio, en el que residiría la élite indígena y desde el que se articularía todo el poblamiento del valle, es probablemente el principal factor que explicaría la transformación edilicia de

este santuario durante el periodo íbero-romano y su continuidad en época romana. Desde este punto de vista, el papel que, directa o indirectamente, debió jugar el santuario de La Encarnación en el proceso de integración del mundo indígena parece ser innegable (Muñoz, 1997, 48).

La vinculación topográfica entre santuario y *oppidum*, se presenta así como elemento fundamental para comprender el proceso de romanización de estos territorios, cuyos paralelos más próximos los encontramos en otros santuarios ibéricos regionales y de las vecinas tierras de Albacete, como los de La Luz, El Cigarralejo y el Cerro de Los Santos, pero también en el propio ámbito itálico (Lillo, 1981, 37-45; Ramallo, Noguera, Brotóns, 1998, 11-69; Noguera, 1998, 447-454; Moneo, 2003, 132-137, 311-320; Domínguez, 1999; Zifferero, 2002, 152). No podemos olvidar el interés romano por mantener, en esos primeros momentos, aquellos puntos que se considerarían estratégicos a nivel territorial, entre ellos, los propios santuarios indígenas, tal y como se ha documentado también en otros ámbitos ibéricos, en los que queda reflejado el propio interés de las élites locales por emular modelos itálicos (Moneo, 2003, 311-318; Sanz, 1997, 302; Noguera, 1998, 448-449). Así, el hecho de que Roma decida monumentalizar el santuario localizado en La Encarnación, probablemente como respuesta al apoyo de la élite indígena residente en el vecino poblado, y como medio para fortalecer y confirmar a dichos dirigentes locales, reflejaría, de algún modo, el papel que este lugar de culto pudo desempeñar ya desde época ibérica en la articulación del poblamiento y en el dominio del valle que se extiende a sus pies (Ramallo, Noguera, Brotóns, 1998).

El resto de los santuarios comarcales, claramente vinculados a núcleos de carácter secundario frente a dicho *oppidum*, no ofrecerán, sin embargo, la misma continuidad cronológica que el establecido en el Cerro de la ermita de La Encarnación. Desgraciadamente los escasos restos materiales que, como apuntábamos, ofrece este tipo de yacimientos nos impiden aproximarnos, de forma precisa, a su desarrollo cronológico, si bien, la ausencia de producciones itálicas en todos ellos, y el cambio que experimentará el poblamiento en el noroeste a partir del siglo II aC, hacen difícil pensar en una perduración de los mismos en estos momentos, que tampoco parece documentarse en aquellos santuarios del ámbito granadino (Adroher, López-Marcos, Godoy, Morales *et alii*, 1999, 53; Adroher, López-Marcos, 2004, 95-96). En este sentido, y sin olvidar el distinto contexto en el que nos movemos, sería interesante recordar, sin embargo, el panorama do-

documentado con la llegada de Roma en el ámbito itálico lucano. En este, muchos de los santuarios rurales que aparecen dispersos por el territorio, desaparecerán como consecuencia de las transformaciones que experimentará el poblamiento rural ante los romanos, coincidiendo así el periodo de desaparición de dichos santuarios con una fase de renovación urbanística en todo el territorio (Gualtieri, 2003, 48-50).

Muchas son las cuestiones que se plantean a la hora de abordar el final de los santuarios ibéricos en el Noroeste regional, tales como una posible centralización de los cultos locales en el santuario de La Encarnación, hecho que estaría en clara conexión con el interés romano por controlar estos territorios y, por tanto, por centralizar dicho control en el *oppidum* y en el santuario a él asociado. Aun así, tampoco podemos descartar, en base a los escasos datos de los que disponemos, la posible perduración de estos santuarios rurales a lo largo de todo el periodo íbero-romano, especialmente si tenemos presente la continuidad de los hábitats vinculados a todos ellos y el fuerte carácter indígena que ofrece esta área regional en estos momentos.

En cualquier caso, y a pesar del interés de todas estas cuestiones para comprender, en gran medida, el proceso de integración del mundo indígena del Noroeste murciano en la órbita romana, está claro que faltan aún datos que permitan definir mejor muchos de estos aspectos, a lo que cabe sumar, la dificultad añadida que presenta el limitado registro arqueológico documentado en estos santuarios y la amplia perduración de las cerámicas de tradición indígena en época altoimperial en todo el valle del Quípar (Lechuga, 1988; Muñoz, 1997, 57).

CONCLUSIONES

Tras todo lo indicado, quizás algunos de los aspectos más destacados que nos ofrece el análisis de los santuarios ibéricos documentados en el Noroeste murciano son los paralelos que estos presentan con aquellos localizados en las vecinas tierras granadinas, tanto por la cultura material que proporcionan ambos conjuntos de yacimientos, como por la similitud de criterios que parecen definir su decisión locacional. Así, rasgos como su emplazamiento en posiciones que les permitirían un cierto dominio visual del paisaje y de los ejes de comunicación, o su vinculación a un hábitat ibérico próximo, serán comunes a todos aquellos lugares de culto al aire libre documentados en el valle del Quípar y en las tierras septentrionales granadinas.

En general, podríamos señalar que las diferencias apreciadas entre los distintos santuarios del área de estudio, y especialmente entre el situado en La Encarnación y el resto de ellos, responderían, claramente, al distinto carácter de los mismos y, en definitiva, al modelo de poblamiento jerarquizado que define estos territorios durante el periodo ibérico. Así, rasgos como su emplazamiento, su continuidad en época ibero-romana e imperial o el tipo de material que ofrece cada uno de ellos, resultan especialmente significativos en este sentido.

El Cerro de la ermita de La Encarnación, vinculado al que debió constituirse como núcleo principal de todo el territorio durante el ibérico pleno, pudo así desempeñar también, como se ha planteado para los santuarios documentados en otros ámbitos del Mediterráneo y de la propia península Ibérica, un destacado papel en el paisaje comarcal, funcionando, junto al *oppidum* de Los Villaricos, como punto de referencia en el territorio. Dicho carácter, que no presentan los demás santuarios ibéricos del valle del Quípar, convertirá así al Cerro de la ermita de La Encarnación en un yacimiento de especial interés entre todos ellos y en un punto clave para comprender la dinámica de integración de las sociedades indígenas del Sureste peninsular en el mundo romano.

BIBLIOGRAFÍA

- ADROHER, A. M. (1999): *Galera y el mundo ibérico bastetano. Nuevas perspectivas en su estudio*. En, BLÁNQUEZ, ROLDÁN (Eds.). La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria, 1, pp. 375-384. Madrid.
- ADROHER, A. M. (2008): *Los santuarios al aire libre en el entorno de Basti (Baza, Granada)*. Actas del I Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana. Homenaje a Durán Farrell, el último filántropo (Baza, 2008), pp. 215-228. Baza.
- ADROHER, A. M., LÓPEZ-MARCOS, A. (2002): *El impacto romano sobre los asentamientos ibéricos en la alta Andalucía: las intrabéticas septentrionales*. En, GONZÁLEZ-ROMÁN, PADILLA-ARROBA (Dirs.). Estudios sobre las ciudades de la Bética, pp. 9-48. Granada.
- ADROHER, A. M., LÓPEZ-MARCOS, A. (2004): *El territorio de las altiplanicies granadinas entre la Prehistoria y la Edad Media: arqueología en Puebla de Don Fadrique (1995-2002)*, 355 pp. Junta de Andalucía. Consejería de Cultura. Sevilla.
- ADROHER, A. M., LÓPEZ-MARCOS, A., GODOY, R., MORALES, E., FERNÁNDEZ, J., SER-RANO, D. (1999): *Poblamiento y territorio en las intrabéticas septentrionales. Campaña de prospección de 1995 en Puebla de Don Fadrique*. Anuario Arqueológico de Andalucía, 1995/II, pp. 47-54. Granada.
- ADROHER, A. M., LÓPEZ-MARCOS, A., SALVADOR, A., CABALLERO, A., BRAO, F. J. (2000): *Impacto romano sobre la ocupación del campo de Bugéjar (Puebla de Don Fadrique, Granada)*. Cvdas, 1, pp. 159-185. Andújar.
- ADROHER, A. M., LÓPEZ-MARCOS, A., BRAVO, A. D., CABALLERO, A., SALVADOR, J. A., BRAO, F. J. (2001): *El poblado fortificado ibérico del Cerro del Almendro (Huéscar, Granada)*. Cvdas, 2, pp. 55-78. Andújar.
- ALCOCK, S. E. (1993): *Graecia Capta: The landscapes of Roman Greece*, Cambridge, 307 pp. University Press. Cambridge.
- ALFARO, C. (2001): *Vías pecuarias y romanización en la Península Ibérica*. En, Los rebaños de Gerión. Pastores y trashumancia en Iberia antigua y medieval. Seminario celebrado en la Casa de Velázquez (Madrid, 1996). Collection de la Casa de Velázquez, vol. 73, pp. 215-231. Madrid.
- ALMAGRO, M., MONEO, T. (2000): *Santuarios urbanos en el mundo ibérico*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 4. Real Academia de la Historia, 217 pp. Madrid.
- BONET, H., MATA, C. (1997): *Lugares de culto Edetanos. Propuesta de definición*. Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló, 18, pp. 115-146. SIAP. Diputació. Castelló de la Plana.
- BROTÓNS, F. (2008): *La necrópolis tumular ibérica de 'El Villar de Archivel' (Caravaca de la Cruz-Murcia)*. Actas del I Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana. Homenaje a Durán Farrell, el último filántropo (Baza, 2008), pp. 23-42. Baza.
- BROTÓNS, F., MURCIA, A. J. (2008): *Los castella tardorrepublicanos romanos de la cuenca alta de los ríos Argos y Quípar (Caravaca, Murcia)*. Aproximación arqueológica e histórica. Del imperium de Pompeyo a la avtoritas de Augusto. Anejos del Archivo Español de Arqueología, XLVII, pp. 49-66. Madrid.
- BROTÓNS, F., RAMALLO, S. F. (1994): *Un santuario suburbano: La Encarnación de Caravaca*. Actas del XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica. La ciudad en el

- mundo romano, (Tarragona, 1993), 2, pp. 74-75. Tarragona.
- BROTÓNS, F., RAMALLO, S. F. (1999): *Excavaciones arqueológicas durante el año 1993 en el Cerro de la Ermita de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)*. Memorias de Arqueología, 8 (1993), pp. 226-237. Murcia.
- CARDETE, M. C. (2005): *La polis como articulación social: el caso arcadio*. Gerión, 23, nº 1, pp. 81-99. Madrid.
- CULTRARO, M. (2005): *Dimore sacre e luoghi del tempo: Appunti per uno studio della percezione dello spazio sacro nella Sicilia dell'Antica Età del Bronzo*. Papers in Italian Archaeology, VI. Communities and settlements from the Neolithic to the Early Medieval Period. Proceedings of the 6 Conference of Italian Archaeology held at the University of Groningen, Groningen Institute of Archaeology, The Netherlands (Groningen, 2003), volume I, BAR International Series, 1452 (II), pp. 588-595. Oxford.
- DOMÍNGUEZ, A. (1997): *Los lugares de culto en el mundo ibérico: espacio religioso y ritual*. Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló, 18, pp. 391-404. SIAP. Diputació. Castelló de la Plana.
- DOMÍNGUEZ, A. (1999): *Religión, rito y ritual durante la Protohistoria peninsular. El fenómeno religioso en la cultura Ibérica*. En, <<http://www.ffil.uam.es/antigua/piberica/santuarios/indice.htm>>
- GONZÁLEZ, J. (2005): *Cuevas-refugio y cuevas-santuario ibéricas en la región de Murcia. Historiografía, catalogación e interpretación*. Verdolay, 9, pp. 71-94. Murcia.
- GUALTIERI, M. (2003): *La Lucania romana. Cultura e società nella documentazione archeologica*. 271 pp. Loffredo. Napoli.
- GUSI, F. (1997): *Lugares sagrados, divinidades, cultos y rituales en el levante de Iberia*. Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló, 18, pp. 171-209. SIAP. Diputació. Castelló de la Plana.
- LECHUGA, M. (1988): *Cerámica pintada de tradición indígena en el yacimiento romano del Cerro de la Ermita de Singla (Caravaca, Murcia)*. Antigüedad y Cristianismo. Arte y poblamiento en el Sureste peninsular, V, 626 pp. Murcia.
- LILLO, P. A. (1981): *El poblamiento ibérico en Murcia*. Real Academia Alfonso X El Sabio, 449 pp. Universidad de Murcia.
- LILLO, P. A. (1986-1987): *Un singular tipo de exvoto: las pequeñas falcatas*. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid. Homenaje al prof. Gratiano Nieto, vol. II, 13-14, pp. 33-46. Madrid.
- LILLO, P. A. (1989): *Las vías de comunicación en época ibérica*. En, GONZÁLEZ, A. (Coord.). Los caminos de la Región de Murcia, pp. 85-100. Murcia.
- LÓPEZ-MONDÉJAR, L. (2008): *La definición de los bastetanos en la historiografía. Enfoques para un estudio del mundo ibérico murciano*. Actas del I Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana. Homenaje a Durán Farrell, el último filántropo (Baza, 2008), pp. 11-22. Baza.
- MARTÍNEZ, A. (1991-1992): *El Villar de Coy. Una villa romana de larga continuidad*. Anales de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Murcia, 7-8, pp. 207-217. Murcia.
- MELGARES, A. (1974): *La carta arqueológica del término municipal de Caravaca de la Cruz*. (Tesis de Doctorado. Universidad de Murcia).
- MELGARES, A. (1990): *Un santuario ibérico en el 'Campo de Arriba' de Archivel. Término municipal de Caravaca (Murcia)*. Homenaje a D. Jerónimo Molina, pp. 163-171. Murcia.
- MENDOZA, A. (1986): *Exvoto ibérico del Museo Arqueológico de Granada*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 11, pp. 327-330. Granada.
- MOLINOS, M., CHAPA, T., RUIZ, A., PEREIRA, J. (1996): *El Cerro de El Pajarillo (Huelma, Jaén): algunas consideraciones sobre el significado de un gran centro monumental en el contexto de la definición del territorio aristocrático*. Revista de Estudios Ibéricos, 2, pp. 201-206. Madrid.
- MONEO, T. (2003): *Religio Iberica. Santuarios, ritos y divinidades (siglos VII-I a.C.)*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 20. Madrid.
- MONEO, T., ALMAGRO, M. (1998): *Santuarios y elites ibéricas*. Actas del Congreso Internacional. Los Íberos. Príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica (Barcelona, 1998), pp. 93-98. Valencia.
- MUÑOZ, B. (1997): *Relación campo-ciudad: el hábitat rural en el sureste de España (Murcia) durante los siglos II-I aC*. Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche, 1995), vol. II, pp. 47-60. Elche.
- NOGUERA, J. M. (1998): *Nueva hipótesis interpretativa del santuario ibérico del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete) en época tardorrepública a través del análisis de algunos de los exvotos esculptados*

- de su depósito votivo. Actas del III Congreso Hispano-Italiano (Toledo, 1993). Italia e Hispania en la crisis de la República romana, pp. 447-454. Madrid.
- OLIVER, A. (1997): *La problemática de los lugares sacros ibéricos en la historiografía arqueológica*. Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló, 18, pp. 495-516. SIAP. Diputació. Castelló de la Plana.
- RAMALLO, S. F. (1991): *Un santuario de época tardorrepública en la Encarnación, Caravaca, Murcia*. Templos romanos en Hispania. Cuadernos de Arquitectura Romana, 1, pp. 39-65. Murcia.
- RAMALLO, S. F. (1993): *La monumentalización de los santuarios ibéricos en época tardo-república*. Ostraka. Rivista di Antichità, II 1, pp. 117-144. Napoli.
- RAMALLO, S. F., BROTONS, F. (1997): *El santuario ibérico de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)*. Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló, 18, pp. 257-268. SIAP. Diputació. Castelló de la Plana.
- RAMALLO, S. F., BROTONS, F. (1999): *El Santuario ibérico de El Cerro de los Santos*. En, BLÁNQUEZ, ROLDÁN (Eds.). La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un Homenaje a la Memoria, 1, pp. 169-178. Madrid.
- RAMALLO, S. F., NOGUERA, J. M., BROTONS, F. (1998): *El Cerro de los Santos y la monumentalización de los santuarios ibéricos tardíos*. Revista de Estudios Ibéricos, 3, pp. 11-69. Madrid.
- RUANO, E., SAN NICOLÁS, M. (1993): *Exvotos ibéricos procedentes de 'La Encarnación' (Caravaca, Murcia)*. Verdolay, 2, pp. 101-107. Murcia.
- RUIZ, A., MOLINOS, M. (1993): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Crítica, 330 pp. Barcelona.
- RUIZ, A., MOLINOS, M. (1994): *Sociedad y territorio en el Alto Guadalquivir entre los siglos VI-IV aCHuelva*. Arqueológica, 14, pp. 11-30. Huelva.
- RUIZ, A., MOLINOS, M. (1999): *Las primeras aristocracias iberas del valle del Guadalquivir: territorios nucleares y formas sociales de clientela*. Ostraka. Rivista di Antichità, 8, pp. 221-238. Napoli.
- SAN NICOLÁS, M. (1982): *La investigación arqueológica en Caravaca. Síntesis*. Instituto Municipal de Cultura, 70 pp. Murcia.
- SÁNCHEZ-MORENO, A. (2005): *Santuarios ibéricos en la Bastetania*. @rqueología y Territorio, 2, pp. 65-80. Universidad de Granada.
- SANZ, R. (1997): *Cultura ibérica y romanización en tierras de Albacete: los siglos de transición*. Instituto de Estudios Albacetenses, 398 pp. Albacete.
- ZIFFERERO, A. (2002): *La geografia del sacro nelle società complesse: ipotesi per una ricerca sull'Italia medio-tirrenica preromana*. Atti delle Riunioni di Palermo (Palermo, 1994 e Baeza, Jaén, 1995). Primi popoli d'Europa. Proponete e riflessioni sulle origini della civiltà nell'Europa mediterranea, pp. 137-156. Firenze.